

El truco de la loca de Emma Jeanette Rodríguez: desearse otro desde la palabra

Lourdes Torres Rivera
Departamento de Español
Universidad de Puerto Rico en Ponce

Bajo el título *El truco de la loca* (Isla Negra, 2013), Emma Jeanette Rodríguez erige un poemario caracterizado por un monólogo sobre acciones instintivas y deseos ocultos que, en medio de una existencia nómada, fragmentada y conflictiva, logra desencadenarse desde la sinrazón. Dicha sinrazón deviene proceso catártico y transgresor que logra constituirse como actividad terapéutica en medio de experiencias intrasubjetivas en cuyo apalabramiento subyace un aparente delirio siniestro. Y digo *aparente* tomando en consideración la mutabilidad del loco; pues, como escribió Alejandro Álvarez en *Locura y poder en Michel Foucault*, el objeto loco se convierte en un sujeto dotado de una ordenación disciplinar fundamentada en una verdad que manifiesta la nueva naturaleza del objeto y constituye la nueva existencia del sujeto (51). En congruencia con ello, en este poemario la alteridad de ese yo se representa en la búsqueda constante de un lugar otro a través de un proceso en que se deconstruye a sí mismo como un alienado. En su proceder, no solo desenmascara los límites de la normativa en que se amparan los discursos institucionalizados sobre la verdad, sino que además los deshabita. Es así como desarticula la apropiación del lenguaje, la memoria, la ideología y todo acto de creencia en pie terrenal. En el poema “Es la sed” nos dice, por ejemplo:

Nombrar las cosas que son transparencias. Me refiero a cosas que alimentan los oídos del cuervo. Ruido posible de no saber tanto. Reflejos espejos de la memoria que se debilitan en la boca de la máscara vieja. Me olvidé de la niña deshabitada en el fondo de agua clara. Yo bebí silencio... (25)

La relevancia que posee el primer verso de este texto es la intencionalidad con que se manifiesta el arte de nombrar. Sobre ello, el sujeto se observa carente de esa propiedad y cuestiona a su vez la apropiación del lenguaje como elemento cosificado. También se plantea la posición del poeta, quien no siempre encuentra a través de los signos aquello que desea expresar. He aquí el truco, entonces: una concatenación en la que se postula el ejercicio lingüístico de un sujeto que se asume así mismo desde la descolocación y cuyo síntoma repercute en el tránsito de experiencias que suele examinar. Las transparencias, en este sentido, juegan un papel nominal sobre la singularidad del lenguaje, pues este es también, desde su mutabilidad, un espacio igualmente deshabitado. Abordar el binomio sujeto / lenguaje es puntual en la propuesta de este libro, que busca socavar y saquear toda construcción detrás del ejercicio de la palabra o “ante la imposibilidad de

que un signo lingüístico cree la realidad”, como bien lo explica Francisco Lasarte cuando habla del fracaso de la palabra (869). Esta suerte de tensión que genera la lectura de este poemario conlleva a replantearse la concepción de las identidades simbólicas, la desposesión, incluso, de esa identidad como esencia o subterfugio, y el concepto de la memoria instrumentalizada. Esta última, como ejercicio de poder, puede resemantizar los signos del lenguaje. Véase, por ejemplo, el poema “Sobre los negros demonios” cuando dice: “Los campanarios del mudo denuncian una vez más el vacío del alma inconsciente” (24) o el poema “Los contratiempos” cuando expresa: “Llegó la palabra y pronunció; contra las aguas ocultas contra la pared contra el menos contra las pinturas contra el viernes contra los entierros complejos...”, así hasta finalizar en el anuncio del grito dulce y melodioso de la maraña (42). Lo que ello implica es el intento de una nueva forma de estar, que desde la palabra puede hallar la delirante estructura mental del loco, pues, a la manera de una cinta de Moebius, ir en contra es para este sujeto también ir a favor. Igual, constatamos lo dicho en “La manía de la palabra”:

¿A quién le diré que no sé? Me deseo otra. ¿Qué pasa si la almendra es verde? Ni siquiera hay almendras ni deseos verdes. La memoria me transita al viejo jardín donde las rosas hablan de los mil deseos. Soy la loca de la palabra, un cuerpo que habita en las almas donde todo es posible. Sabiendo eso hago un punto final. ¿Es que yo soy?... (71)

Según lo afirma Gonzalo Da Costa en *Sujeto, lenguaje y discurso. Diálogos entre la teoría de J. Lacan y la Filosofía*, en la relación simbiótica entre sujeto / lenguaje “se presenta (...) la posibilidad de creación de existencia, como institución social, (y) se configura un instrumento creador de realidades (...) como condición de acceso al otro” (8).

De ahí, entonces, que el sujeto de este poemario se desee otro desde la palabra, pues su permanencia se da dentro de la misma y, a través de ella, como un ente colonizador, un *frankenstein* en el que vemos a muchos otros conjugarse. La pregunta en cuestión “¿Es que soy yo?” con la que concluye el poema refuerza la polifonía de la discursividad de la que ha hablado Mijaíl Bajtín. En este poemario existe la intervención de un oscuro juego intradialógico con sus otros. Y en medio de ello mutan las experiencias que ya no solo sirven de recuerdo, sino más bien de conocimiento. Un conocimiento en el que, si bien se rastrean los retazos de lo vivido como fognazos de fuerte carácter existencial, también recorre el paradigma de la vida como territorio incierto.

Referencias

- Álvarez, Alejandro. *Locura y poder en Michel Foucault*. Tesis. Zaragoza: UNED, 2017.
- Da Costa, Gonzalo. *Sujeto, lenguaje y discurso. Diálogos entre la teoría de J. Lacan y la Filosofía*. Tesis. Montevideo: Universidad de la República Regional del Norte, 2017.
- Lasarte, Francisco. “Más allá del surrealismo: La poesía de Alejandra Pizarnik”. *Revista Iberoamericana* XLIX. 125 (1983): 867-877.
- Rodríguez, Emma Jeannette. *El truco de la loca*. San Juan / Santo Domingo: Isla Negra, 2013.